

PRIMER VIAJE MISIONERO

Lectura: Hechos 14:21-28

I.- INTRODUCCION

Desde luego que este tema es muy amplio y nos ha de resultar difícil abarcarlo en una sola lección, de manera que sería conveniente, si el Señor nos guía en ese sentido, ampliarlo en otras reuniones de la Iglesia. De todas formas, aquí daremos un resumen general que comprenderá las visitas, en algunos casos repetidas, a diferentes ciudades del Asia Menor y a dos de la isla de Chipre; que es el recorrido que siguieron Bernabé y Pablo en esta oportunidad y que vemos esquematizado en el mapa que acompaña a estas lecciones.

Cuando estudiamos la conversión de Saulo, dejamos una breve constancia de los acontecimientos que siguieron desde su encuentro con el Señor, hasta su visita a Jerusalem y su estadía en ese lugar durante quince días (Hch.9:26; Gá.1:18). De allí va nuevamente a Tarso (Hch.9:30) y permanece varios años trabajando en esa zona, especialmente en Cilicia y Siria (Gá.1:21), hasta el año 43. Se supone que en ese lugar ocurren la mayoría de los sufrimientos que luego relataría (2 Co.11:24-26). Posteriormente, Bernabé lo va a buscar a Tarso y se radican durante un año en Antioquía de Siria (Hch.11:25-26); desde donde vuelven juntos a Jerusalem llevando auxilios (Hch.11:30), para regresar nuevamente a Antioquía (Hch.12:25). Allí son llamados por el Espíritu Santo a un ministerio más amplio, que ha de comenzar con este viaje misionero, alrededor de los años 45 a 46 de nuestra era.

II.- LA ORDENACION DE LOS MISIONEROS

Quienes inician esta tarea son José, un piadoso varón de la tribu de Leví, que había puesto sus posesiones al servicio de la Iglesia en Jerusalem (Hch.4:36-37), y que posteriormente se entregó por completo al santo ministerio, que se resumía en el nombre que le pusieron los apóstoles: Bernabé, pues significaba "hijo de exhortación, de consolación o de profecía" y que, dijimos, desempeñaba en Antioquía junto a Saulo, quien también fue llamado, pero cuya historia nos es más conocida. También se menciona como ayudante de ellos a Juan Marcos, que les prestaría servicios muy apreciables, para que pudieran ocuparse íntegramente en las tareas espirituales. La mayoría de los intérpretes bíblicos lo consideran el autor del evangelio que lleva su nombre, en razón de que en su casa acostumbraba a hospedarse el Apóstol Pedro (Hch.12:12). Posiblemente se trataba de aquel muchacho que, cubierto con una túnica, seguía al Señor, y que luego se convirtió, por la predicación del mencionado apóstol (Mr.14:51-52 comp.1 P.5:13). Lamentablemente su deserción en Perge (Hch.13:13), provocó luego una separación entre Pablo y Bernabé (Hch.15:37-39), aunque al final de su ministerio, el primero reconoce que le había sido útil en la Obra (2 Ti.4:11).

Estos dos misioneros son llamados por el Espíritu Santo mediante una clara revelación que alcanza, no solamente a ellos, sino a la Iglesia en conjunto. Nadie tiene dudas al respecto y todos coinciden en apartarlos para las tareas que Dios les había asignado; por eso la congregación participará de ese viaje, y ante ella deberán dar cuenta, a su regreso, aquellos que fueron enviados (Hch.14:26-27). Así entonces, son ordenados en un sencillo acto que se realiza luego de una intensa preparación espiritual, lograda mediante el ayuno, para apartarse de las cosas materiales; la oración para implorar la bendición y protección divina, encomendándoles al Señor y la imposición de manos, acto mediante el cual toda la Iglesia se identificaba con ellos y eran consagrados a Dios y Su Obra (Gn.48:14; Nm.27:18; Mr.10:16; 1 Ti.4:14).

III.- EL MILAGRO EN CHIPRE (Hch.13:4-13)

El Evangelio había llegado a esta isla, llevado por los creyentes esparcidos en la persecución de los saduceos (Hch.11:19-20); luego fueron ellos quienes volvieron al continente y constituyeron la Iglesia de Antioquía de Siria (Hch.11:21-26), que ahora les retribuye, enviando estos dos fieles siervos de Dios; uno de los cuales era precisamente nativo de Chipre, y seguramente tenía en su corazón el deseo de visitar a sus conciudadanos, para llevarles el mensaje de salvación. De todas maneras, el viaje en barco era una de las formas más rápidas y seguras para llegar al Asia Menor; además, la isla quedaba en la ruta habitual de los navegantes.

La visita misionera comprende las ciudades de Salamina y Papho, siendo en esta última donde ocurren los hechos más destacables; quizá por que allí se levantaba un templo dedicado a Venus y constituía un terrible centro de idolatría; esta fue la causa por la cual Elimas, que en idioma árabe significa mago o sabio, tenía tanta influencia, inclusive sobre el gobernador romano, que era un hombre prudente (Hch.13:6-8). Es precisamente este falso profeta el destinatario del primer milagro que mencionan las Escrituras, obrado a través de la instrumentalidad de Pablo; pero nos llama la atención que lo sea no para curar una enfermedad, sino para provocarla; como un castigo a un siervo de Satanás, que se estaba oponiendo a la obra de Cristo. Pero gracias al Señor, eso produjo la reacción de aquel gobernante, que aceptó la Palabra y creyó en el Salvador. De todas maneras, la ceguera de Elimas sería solo por un tiempo, y quizá pudo haberle servido para que también él se acercara al verdadero camino (Hch.13:11). No sabemos si hubo otros convertidos en ese lugar; sin embargo, aunque fuese por una sola alma, bien valía la pena el viaje misionero, aparte de la visita a los hermanos de ese lugar (Lc.15:4-7); por otro lado, es en ocasión de este milagro que la Escritura comienza a llamar Pablo a quien hasta entonces había sido Saulo (Hch.13:9).

IV.- EL DISCURSO EN ANTIOQUIA (Hch.13:14-52)

Otro de los acontecimientos importantes de este viaje es el discurso que Pablo pronuncia en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (para diferenciarla de la otra que pertenecía a Siria). Es aconsejable, entonces, estudiarlo detenidamente, especialmente aquellos que hemos sido llamados para la predicación del Evangelio, por cuanto puede servirnos de modelo y ayuda en nuestro ministerio; con las limitaciones propias de un mensaje que estaba destinado exclusivamente a los judíos pero que, sin embargo, tuvo trascendencia entre los gentiles.

El Apóstol comienza haciendo una breve historia del pueblo de Israel, y explica la necesidad de la existencia de esa nación, para que de la misma surgiera el Mesías prometido. Da razón del cumplimiento de muchas profecías referentes a David en la Persona del Señor Jesucristo y establece claramente que Su muerte era imprescindible para la redención de la humanidad, lo cual no menguaba el pecado de quienes le crucificaron; y que Su resurrección era la prueba terminante de su mesiazgo. Por fin, ofrece a todos los presentes la posibilidad de no participar del error de sus hermanos de raza sino, por el contrario, recibir el perdón de los pecados por la fe en la sangre del Cordero y les amonesta respecto del peligro que corren si rechazan la invitación que Dios les formula.

Los resultados inmediatos fueron que los gentiles les pidieron predicaran esa misma palabra salvadora (vers.42), mientras que muchos de los judíos y prosélitos siguieron a los apóstoles hasta la casa donde se hospedaban, con el fin de requerirles mayores explicaciones respecto a la doctrina que ellos profesaban (vers.43). Posteriormente, el sábado siguiente, se reúne casi toda la ciudad para escuchar la predicación del Evangelio (vers.44), lo cual provoca el celo de los judíos (vers.45), pero felizmente, la aceptación del mensaje por parte de un número muy considerable de gentiles (vers.46-49).

V.- LA HONRA Y EL SUFRIMIENTO EN LISTRA (Hch.14:6-20)

La idolatría estaba muy difundida en los tiempos apostólicos, y nuestros hermanos debieron luchar y sufrir mucho, no solo para sacar de ella a tantas almas que eran esclavas de esa malsana práctica, sino también evitar que ellos mismos cayeran en ese pecado. Casi todas estas pequeñas ciudades del Asia Menor, poseían templos levantados a divinidades paganas, muchas de las cuales, como en este caso, tenían concomitancias tanto con griegos como con romanos. En Listra se adoraba a Júpiter (llamado Zeus en Roma) y practicaban un culto asqueroso y obsceno, acompañado de sangrientos sacrificios; a pesar de ello, se lo representaba como un anciano venerable, y por eso Bernabé es identificado con este personaje mitológico. En cambio, a Pablo se lo considera Mercurio que, según los griegos, era el mensajero de todos los dioses (vers.12).

Es allí donde el Apóstol realiza su primer milagro positivo, la curación de aquel hombre cojo que, en un primer momento, provocó esta reacción idolátrica de la gente, que les costó ingentes esfuerzos evitar que les ofrecieran sacrificios (vers.14 y 18). Sin embargo, el odio satánico contra aquellos siervos de Dios a los cuales no había podido hacer caer en esa tentación, se transforma en salvaje ataque con piedras que deja a Pablo en un estado físico deplorable (vers.19); es entonces cuando se produce un nuevo milagro, puesto que la presencia de sus hermanos provoca que, de inmediato, se ponga en pie y vuelva caminando a la ciudad (vers. 19 y 20), y al día siguiente a Derbe, que estaba a unos 90 Kms. de la anterior. El Diablo no podía detener una obra que era divina, ni a los encargados de realizarla; porque estaban protegidos y auxiliados del Señor, aun en los peores momentos.

VI.- ENSEÑANZAS

1) Nadie debe aceptar ninguna tarea en la Obra, si no ha sido llamado por Dios para desempeñarla (He.5:4); pero además, ello ha de ir acompañado por el reconocimiento, apoyo y oraciones de toda la iglesia (Ro.15:30-32; Ef.6:18-20).

2) De la visita a Chipre extraemos dos lecciones importantes:

A) Que el éxito en la Viña del Señor no debe evaluarse en números, sino por la fidelidad de los obreros (Ec.11:1; Ez.33:1-9).

B) La salvación de un alma merece todos nuestros sacrificios y esfuerzos (2 Ti.2:10; Stg.5:20).

3) La predicación a los perdidos debe, en todos los casos, ser inspirada por el Espíritu Santo; únicamente entonces los resultados estarán en sus manos (1 Co.14:19; Col.4:3-4 comp.Mt.10:19-20).

4) Satanás nos ataca tratando de engañarnos por nuestro orgulloso corazón (Jer.17:9; Mt.15:18-20); si no lo consigue, debemos esperar su odio y desprecio (Lc.22:31-32 comp.1 Co.10:12-15).